

«ALAS DE JILGUERO»

In memoriam de Federico Corriente Córdoba
(Granada, 14 de noviembre de 1940-Zaragoza, 16 de junio de 2020)

La noticia, no por esperada, resulta menos contundente. Federico Corriente Córdoba, maestro y amigo, nos ha dejado el dieciséis de junio de este 2020, un año ya, de por sí, torcido e insólito.

Se va y se lleva con él muchas conversaciones presenciales, que diríamos ahora, y muchas otras a través de una correspondencia en la que se mezclaban las noticias de la vida cotidiana y familiar con las consultas y respuestas de trabajos académicos. Respuestas rápidas y llenas de aportaciones de inigualable valor. Nuestras conversaciones, de una u otra naturaleza, siempre estuvieron llenas de humor y de la franqueza, muchas veces descarnada, que lo caracterizaba.

Será por eso que, en estas pocas horas que separan estas líneas de su definitiva marcha, lo que viene a mi cabeza son sus muchos consejos, tan sinceros todos ellos como el cariño que me profesaba. Frases dichas en torno a un café o un buen vino –este siempre elegido con acierto por él– que me acompañan desde hace ya varias décadas. Una guía existencial donde las haya para el mundo académico en particular y para la vida en general, porque entre sus máximas se encuentra la insistencia en algo que él hizo un modo de ser y de vivir: «Investiga en lo que te divierta, mi niña, lo demás no tiene sentido», me decía. Y yo, encontrándome en el despuntar de la investigación por aquel tiempo, le hice caso y me sigo dedicando a trabajar sobre aquello que me llena el alma y que me divierte, sin más premisas que las que me dictó mi maestro: divertimento y rigurosidad a partes iguales.

Además, y de la misma manera que nos enseñaba «Textos árabes» en cuarto curso y «Árabe hablado» en quinto, de igual forma, digo, sus correcciones me enseñaron a corregir bajo un lema prioritario: «Ser útil». Y será por eso que arrastro en mis varias décadas de docencia esa condición de querer ayudar a aprender y de que corregir forme parte de ese engranaje que podría quedar resumido en un hadiz: «*l'arshidu: 'axa:kum* / Corregid a vuestro hermano», como el propio Corriente indica en las notas a la segunda edición de su *Gramática árabe*.

Seguramente ese afán curioso por aprender sería el mismo que lo condujo a querer contar y poner por escrito todo lo que sabía, convirtiéndose para generaciones enteras de arabistas en el nombre de una *Gramática* y de un *Diccionario*. Pero Federico era mucho más; como me acaba de decir Alex, un alumno querido, «Federico es no poco corriente». Y, no, no lo era. Federico abría la puerta de su casa y era todo generosidad compartiendo sin ápice de usura su inmenso conocimiento, una *rara avis* en el ecosistema universitario, un espíritu liviano lleno de fuerza intelectual y sin pereza para ayudar a quien se lo pidiese. De esto pueden dar fe los muchos correos que nos cruzamos en los que atendía mis titubeos lexicográficos y etimológicos, como, por ejemplo, el que le plateé en relación con un artículo que entonces estaba escribiendo.



Se trataba de una palabra (o quizás sintagma) que aparece en un documento granadino del siglo XVI, *ahananhmiqlin*, y que aparecía relacionada con un tejido. Su respuesta inmediata tenía tres partes, que definen, a mi modo de ver, cómo era Federico Corriente. En la primera de ellas me daba las gracias por la consulta, en la segunda conjeturaba sobre el significado de este término evadido de los diccionarios al uso y me decía lo mucho que le sorprendía, puesto que «la porción final es claramente el nombre del jilguero (<mil colorín), pero *ahanan* significa ‘nosotros’, pero eso no tiene sentido» y, como no lo tenía, comenzó a barajar una hipótesis de partida, siendo esta la tercera parte de ese mensaje. En ella, sugería que hubiera habido una corrupción de *ahanan* por *ajnah* y, de esta forma, y aunque paleográficamente no le acababa de convencer, resolvió mi duda regalándome esta metáfora: «alas de jilguero» para comprender esas «orillas anchas de seda de colores de la obra que dizen *ahananhmiqlin*» con la que se adornaba una sábana de lienzo morisca.

Estas «alas de jilguero», todavía no sé por qué, han sido de las primeras imágenes que han llegado hasta mí tras conocer la fatídica noticia. Esto y su promesa de avisarme cuando se le ocurriera algo más, asunto que le recordé en nuestra última conversación telefónica cuando hablábamos de nuestros respectivos proyectos y me animaba, una vez más, a trabajar en lo que me divirtiera, aunque esta vez, ya no habrá más consultas, ni regalos de tiernas metáforas, ni alas de jilguero que me arranquen una sonrisa. Esta vez tendré que quedarme con esas alas para volar sin él.

Lola SERRANO-NIZA
Universidad de La Laguna
17 de junio de 2020

